

000003637

125

31.02

6631

00974

COORDINACION DE HUMANIDADES



PROGRAMA UNIVERSITARIO DE  
ESTUDIOS DE GENERO  
"Centro de Información y Documentación"

## MASCULINIDAD: UNA INTRODUCCION

Enrique Gomáriz

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales  
-FLACSO-

4405

(4 de agosto de 1996)

## **TABLA DE CONTENIDOS**

<b>1. INTRODUCCION</b>	<b>Pág. 1</b>
<b>2. EL ESTADO DEL ARTE</b>	<b>Pág. 2</b>
<b>3. NUCLEOS DE LA IDENTIDAD MASCULINA</b>	<b>Pág. 4</b>
<b>4. FACTORES QUE FRAGILIZAN LA MASCULINIDAD</b>	<b>Pág. 8</b>
<b>5. EL EJERCICIO DE LA MASCULINIDAD EN LA FAMILIA</b>	<b>Pág. 12</b>

## 1. INTRODUCCION

El presente informe corresponde a la primera fase del trabajo de consultoría que la Secretaría General de FLACSO realiza para el Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia (CMF), al objeto de establecer un marco conceptual sobre la temática de masculinidad y paternidad responsable.

Este informe trata de realizar un estado del arte acerca de la producción escrita sobre la masculinidad desde una perspectiva de género. Para ello se ha hecho una primera revisión del material existente y más conocido por los especialistas, principalmente de la literatura en inglés, pero destacando aquella que tiene traducción en castellano y aquella que está producida en esta lengua.

Así, pues, este estado del arte tiene dos elementos principales. Por un lado, se ha realizado un levantamiento de los temas relevantes que aparecen en una primera revisión de la producción escrita, señalando aquellos aspectos que son del consenso de los autores reseñados, así como aquellos temas que provocan discrepancias.

El otro elemento de este informe es una amplia bibliografía sobre masculinidad, indicando los trabajos que el consultor ha conseguido reunir y están disponibles.

De acuerdo con los plazos originales del proyecto, a este primer informe le seguiría un trabajo de consolidación de la información recogida al respecto, para redactar un informe definitivo que contenga la temática mencionada, así como una introducción sobre el estado de los estudios de género.

## 2. EL ESTADO DEL ARTE

La acumulación de conocimientos sobre la masculinidad en Centroamérica es exigua. Esta carencia se extiende al conjunto de América Latina y aún al resto del mundo hispanoparlante. Como se verá más adelante, a excepción de investigaciones aisladas, referidas principalmente a algunos roles masculinos en los sectores populares, el desarrollo de los estudios de género en el subcontinente latinoamericano ha producido una apreciable cantidad de información sobre el otro género (las mujeres), pero muy poca sobre la relación entre ambos y prácticamente ninguna sobre el género masculino.

Esta situación es diferente en otras zonas del globo y especialmente en el mundo angloparlante. Ya desde los años setenta, sobre todo como respuesta al desarrollo de la literatura feminista, se produjo en Estados Unidos e Inglaterra una importante cantidad de investigación y estudios sobre la condición de los varones. De acuerdo a una revisión bibliográfica realizada en 1979, en torno a un cuarto de la producción total sobre estudios de género, estaba referida a los hombres (Gomáriz, 1992). Es importante subrayar que un segmento apreciable de esta producción estaba compuesto por los estudios sobre el papel que el hombre juega al interior de la familia.

Esta producción sobre masculinidad fue aumentando conforme avanzaba la década de los ochenta. Cuando concluía el decenio los estudios sobre el tema eran altamente apreciados por lectores y editores en toda Norteamérica. El libro de Robert Blay, "Iron John" ("Hombres de Hierro" en su traducción al castellano), encabezó la lista de los libros más vendidos del New York Times por más de veinte semanas, hasta que la biografía no autorizada

sobre Nancy Reagan lo desplazó de esa posición. Un estudio sobre la última producción acerca del varón en el hemisferio Norte (Kimmel, 1991) indicaba como el tema está siendo tratado tanto desde una perspectiva psicológica (gestáltica, psicoanalítica y en general referida al crecimiento personal) como desde las disciplinas antropológica, económica, e histórica.

Varios de estos trabajos ya están siendo traducidos al castellano, principalmente desde México, España y Argentina (también al portugués en Brasil). Junto a ellos comienzan a aparecer los primeros resultados de algunas investigaciones y tesis realizadas en países de habla hispana y portuguesa. Esta reducida producción muestra algunas diferencias culturales respecto a las distintas sociedades de que proceden, pero también señalan fuertes coincidencias en torno a la construcción de la identidad masculina en el conjunto del mundo afectado por la modernidad.

A continuación se va a pasar revista de forma extremadamente somera pero lo más ordenada posible de los núcleos que forman la identidad masculina, tanto desde el punto de vista individual como del relacional, principalmente en lo que se refiere al papel del hombre en la familia. Esta sucinta relación tratará de tomar en cuenta además los principales aspectos que la literatura especializada destaca en cuanto a los factores que afectan negativamente el desarrollo de esos núcleos de identidad.

### 3. NUCLEOS DE LA IDENTIDAD MASCULINA

Existe coincidencia en los estudios realizados desde distintas perspectivas en cuanto a que la identidad de género del varón se establece en distintos ámbitos, de los cuales se destacan tres: el intrapersonal, el intergenérico y el que procede de otras unidades sociales de referencia.

Hay consenso en prácticamente toda la literatura existente en cuanto a que la fuente principal de la identidad del hombre moderno se refiere a su actividad ocupacional, dicho ésto en un sentido amplio (no sólo al lugar que ocupa en la PEA de un país sino a lo que el varón hace, incluso si su actividad regular se encuentra al margen de la ley). Lo que se conoce de la identidad masculina en el mundo latino confirma este aserto.

La actividad regular del varón está referida normalmente a su quehacer profesional. Es tal la importancia de este núcleo de identidad que el lenguaje ha recogido esta circunstancia. Como se ha dicho, un ciudadano varón se identifica de tal forma con su ejercicio profesional que no es alguien que hace algo sino que "es" mecánico, arquitecto, empresario, etc. La profesionalización de algunas actividades ha provocado la misma situación: hoy también se afirma que alguien "es" un político.

Ciertamente lo que potencia ese núcleo de la identidad masculina es la necesidad de alcanzar en ella un alto desempeño. Así, resulta difícil imaginar una profesión que no desarrolle una carrera profesional, básicamente dirigida hacia el éxito. En el plano social ésto se conecta con el acceso a posiciones de liderazgo, lo cual nos conduce a la problemática del poder como fuente de identidad masculina. Sin embargo, como ya se ha indicado

(Marqués, 1988) los hombres que no alcanzan las cúspides del poder social pueden mantener alto el sentido de su identidad masculina siempre que sientan que realizan su actividad con un alto desempeño (Farrel, 1988) o si, en general, consideran que llevan a cabo algo "importante" para sí y para los que le rodean (Marqués, 1991).

La otra fuente de identidad masculina se refiere al campo de la relación intergenérica: un hombre es como es, fundamentalmente para relacionarse-diferenciarse de la mujer. En la fase histórica de la modernidad esa referencia se ha establecido no sólo mediante la diferenciación, sino a través de una extrapolación de la misma, tratando de construir verdaderos abismos de lo que son sólo diferencias biológicas o bien constituyéndolo culturalmente esas diferencias (en el vestuario, el comportamiento, las normas sociales, etc). Como se sabe, uno de los ámbitos en que esa polarización ha tenido efectos es en el de las pautas de relación amorosa entre de los géneros. Todavía hoy las encuestas muestran que hombres y mujeres consideran que el varón es el que debe tomar la iniciativa en las relaciones amorosas, al menos en la fase de mayor explicitación cuando se ha de enfrentar el riesgo del rechazo.

El patrón regular de esta relación intergenérica se conecta con la fuente anterior, en el sentido de que el hombre se relaciona con la mujer ofreciéndole los frutos de su desempeño profesional (no sólo material sino simbólico, de prestigio, etc). Es decir, la identidad masculina está marcada frente al otro género por la función proveedora. Por otra parte, todo ello significa una determinada división sexual del trabajo, según la cual al hombre le corresponde la actividad social y laboral, y a la mujer el cuidado del hogar y la familia.

Desde el punto de vista social esto implica en la modernidad que el hombre debe enfrentarse al mundo público, protegiendo su esfera privada. Así, se conforma una estrategia proveedora-protectora. La polarización intergenérica obliga por tanto a formar (y educar) la identidad masculina en función de esas exigencias. Para desempeñar bien su función proveedora-protectora el hombre, debe aprender a ser fuerte, esforzado, insensible, etc. Por decirlo con una poesía de Kipling: " Si sabes callarte cuando sufres o tienes dificultades... Si te burlas de lo que los demás piensan de tí y dicen a tu espalda... Si puedes seguir teniendo la cabeza sobre los hombros incluso cuando estás enamorado... Si puedes tener problemas de dinero y complicaciones profesionales sin caer en la más negra depresión... Tu serás un hombre hijo mío...".

Las características de la identidad masculina frente al otro género se extienden hacia su grupo familiar. Pero este aspecto va a examinarse en el apartado siguiente.

La tercera fuente fundamental de identidad masculina procede de las otras entidades sociales de referencia: desde las determinaciones culturales hasta los grupos sociales concretos. La forma de ser hombre puede desarrollar ciertas características diferentes si se da en la cultura latina que si tiene lugar en la anglosajona. La pertenencia a determinados grupos puede marcar la identidad masculina, tanto en el caso de que estos grupos se refieran a actividades tradicionalmente masculinas (clubs, deportes, etc), como cuando, por circunstancias, el hombre haya tenido que pertenecer a algún grupo de actividad tradicionalmente femenina.

La importancia que tenga esta fuente social en la constitución de la identidad del varón varía considerablemente. En unos casos se



trata de modulaciones de la masculinidad no determinantes, pero en otros aparecen como fuente sustantiva de tal masculinidad. Pertener a cierto grupo obliga a una identidad masculina definida, o, dicho de otra forma, el tenerla es condición necesaria para la pertenencia a ese grupo. Esta relación también se ha presentado en algunas actividades profesionales, con diversa fuerza: es conocido el caso de los mineros. (Ciertas normas de identidad masculina se encuentran en los reglamentos de varios oficios ejercidos en Chile a comienzos de este siglo). Desafortunadamente, en este breve informe no es posible desarrollar más los diversos planos de esta fuente de identidad masculina.

#### 4. FACTORES QUE FRAGILIZAN LA MASCULINIDAD

Veamos ahora algunos de los principales factores que pueden afectar negativamente estos núcleos de la identidad masculina. En el espacio intrapersonal, la identidad masculina puede fragilizarse bien porque no consiga desempeñar o adquirir la capacidad de realizar alguna actividad que el hombre considere importante o bien porque una vez lograda, su ejercicio se ve interrumpido por alguna circunstancia. Las crisis de identidad masculina del primer tipo suelen afectar a los hombres jóvenes. En los hombres maduros generalmente las crisis en este campo suceden cuando no se alcanza el éxito esperado, la carrera o actividad se ve interrumpida o bien porque se alcanza el éxito y se descubre que detrás está el vacío. Este último tipo de crisis está siendo cada vez más frecuente, entre los motivos de consulta de hombres maduros, reportados por los terapeutas, referido principalmente al descubrimiento de los pacientes de que el éxito profesional que alcanzaron no responde a su self más profundo.

Entre las causas de disrupción de la actividad constitutiva de identidad están las crisis económicas. Una investigación para el caso de Francia (Maugue, 1987) mostró como la crisis económica del fin del siglo XIX produjo una fragilización extendida de la identidad masculina, que tuvo una de sus manifestaciones en los movimientos y la literatura antisufragistas. Estudios sociales y obras literarias se dedicaron a la fragilización de la masculinidad que produjo en Estados Unidos la crisis de 1929. En el área latinoamericana, un estudio de CEPAL sobre la familia (Kaztman, 1991) muestra como la crisis económica de los años ochenta afectó la identidad masculina especialmente en los estratos populares urbanos (aunque este estudio atribuye a la crisis económica muchas

irresponsabilidades masculinas que existían con anterioridad y/o proceden de otras causas).

Como se sabe, la identidad masculina no se ve básicamente afectada cuando la interrupción de la actividad principal es sustituida por otra actividad emergente, especialmente cuando esta es de naturaleza tradicionalmente masculina, como sucede muy claramente en el caso de las guerras. Incluso puede suceder lo contrario: en los conflictos centroamericanos uno de los problemas masculinos más conocidos es la dificultad de reinsertar a los hombres en una actividad productiva. (Por otra parte, es sabido cómo la derrota en una guerra puede afectar seriamente la identidad masculina).

En el plano de las relaciones intergeneracionales los hombres han visto afectada su identidad de género, especialmente en lo que va de este siglo, debido a los significativos cambios de las mujeres. Existe coincidencia en cuanto a que en la segunda mitad del siglo el surgimiento de un nuevo movimiento y discurso feministas ha estado relacionado con cambios estructurales en la vida de las mujeres: el salto cualitativo de su nivel educacional, el aumento de su esperanza de vida y la caída vertiginosa de la fecundidad conformaron un cuadro vital que permitió la modificación de las fuentes de la identidad femenina (Sullerot, 1979). Estos cambios estructurales del ciclo de vida femenino tuvieron lugar principalmente en los años cincuenta y sesenta en el hemisferio Norte y en los años setenta y ochenta en América Latina.

Progresivamente, al lado de funciones fuertes constitutivas de tal identidad, como la maternidad, las actividades profesionales y sociales que habían sido fuente secundaria (a excepción de mujeres singulares) comenzaron a situarse también en el primer nivel de

constitución de la identidad femenina (y por tanto de nutrición y oica).

Esta dinámica general constituyó una demanda reivindicativa de parte de las mujeres que tuvo su explicitación en términos valóricos y normativos. El éxito de ese proceso concluyó en la aprobación por Naciones Unidas en 1979 de la Convención para la Eliminación de toda forma de Discriminación contra la Mujer, que ha sido ratificada por los Estados de América Latina y ofrece el marco general para la acción de las instituciones que dichos estados se comprometieron a constituir para favorecer la promoción de la mujer.

Esta circunstancia ha tenido consecuencias tanto en la relación de géneros como en la organización de los arreglos familiares. Este último ámbito se verá más adelante. En cuanto a los efectos que ha tenido en los hombres el cambio en las mujeres se han realizado algunas investigaciones que muestran diversos tipos de reacción masculina. Un estudio realizado en España (Inner, 1988) mostró que los hombres presentaban un abanico de reacciones que variaban desde las acomodaticias a las de absoluto rechazo, pasando por las meramente incoherentes. En todo caso, los esfuerzos para describir tipologías de reacciones masculinas coinciden en señalar que el proceso de cambio es lento y que pasa generalmente por una etapa en donde el varón observa los cambios femeninos como algo que atañe únicamente a las mujeres y sólo en una fase posterior se enfrenta con el hecho de que esos cambios comprometen aspectos de su propia identidad.

La nueva capacidad productora-reproductora de las mujeres reduce la importancia de la función proveedora-protectora masculina, al tiempo que el mismo hecho de que las mujeres

incursionen en áreas tradicionalmente masculinas se percibe como amenazante para la identidad del varón. Esta amenaza es vivida básicamente de dos maneras: en unos casos como pérdida efectiva y en otros como una exigencia para el hombre de aumentar su desempeño para mantener la distancia entre ambos sexos en cuanto a su capacidad productiva y proveedora.

Sin embargo, un estudio para Estados Unidos mostró que, en el contexto de la crisis económica, las reacciones masculinas se diferenciaban notablemente según estrato social: entre los profesionales la sensación de amenaza fue superada por la necesidad de mantener un elevado nivel de consumo. De esta forma los jóvenes profesionales constituían hogares unipersonales evitando un compromiso afectivo que significara convivencia o bien buscaban una pareja "con altos ingresos "como si estuvieran seleccionando un compañero de viaje en balsa contra la corriente" (Ehrenreich, 1989). En los sectores medios y bajos la aceptación de la necesidad de los ingresos femeninos se hacía con más dificultad debido a que la función proveedora-protectora esta más acendrada en la identidad masculina.

En cuanto al tercer plano de identidad genérica masculina, la relación grupal o cultural de pertenencia, las crisis se producen en relación con los cambios o la extinción de tales referencias. Es conocido como un cambio fuerte de identidad cultural puede producir efectos concomitantes en la identidad del varón. De igual forma la desaparición de un determinado grupo de socialización masculina o el abandono de un cuerpo especial (el militar es un caso frecuente) genera crisis en el varón. Pero como dijimos anteriormente resulta imposible extenderse en este punto, dada la obligación de brevedad del presente informe.

## 5. EL EJERCICIO DE LA MASCULINIDAD EN LA FAMILIA

Como se mencionó anteriormente la constitución del grupo familiar es también fuente de identidad para el hombre. Diferentes encuestas en distintas áreas del globo muestran que una proporción muy alta de varones jóvenes se visualizan a futuro como poseedores de una familia. Es en el grupo familiar donde la función proveedora-protectora, además de referirse a la relación intergeneracional, se extiende a la de carácter parental y especialmente la paterno-filial. El cumplimiento de esta función se entrelaza con la posición de poder que el hombre tiene en el grupo familiar: los varones desempeñan regularmente la jefatura del hogar.

Para comprender rápidamente la importancia de esta posición del hombre en la familia como fuente sustantiva de identidad masculina, puede estudiarse en relación con las otras fuentes ya examinadas. Como sostienen diversos autores (Marqués, 1988; Ehrenreich, 1983 y 1989) la relación entre la primera fuente de identidad masculina (el desempeño de una actividad considerada relevante) y la procedente de el papel que el hombre desempeña en el grupo familiar puede ser no sólo complementaria sino también competitiva o incluso sustitutiva. La aspiración de la mayoría de los varones es que ambas fuentes sean complementarias, aunque habitualmente el papel del jefe de hogar resulte más bien suplementario respecto de su función como profesional. Pero en algunos casos ambas funciones pueden presentarse como competitivas: el caso más evidente es el de las actividades religiosas en el mundo católico, pero también puede ser así entendido por hombres que perciben la constitución del grupo familiar como un serio obstáculo a su actividad profesional.

Sin embargo, en determinadas circunstancias, el lugar que el hombre ocupa en la familia puede ser fuente sustitutiva de identidad masculina respecto de la que corresponde al desempeño de su actividad principal. Es conocido como el varón que siente fragilizado el ejercicio de su actividad importante puede sentirse hombre a partir del hecho de ser el jefe de esa pequeña unidad social llamada familia. Como indican los terapeutas familiares esto puede operar en algunos casos como una sustitución constructiva que compense las frustraciones sufridas en la otra área, sin embargo, en otros casos puede suponer una sustitución patológica donde el hombre pretende reponer su identidad dañada mediante un mayor ejercicio de poder -en ciertos casos, brutal- en el grupo familiar.

Para observar de una forma dinámica el papel del hombre en la familia conviene describir los cambios sucedidos en esta relación, al menos en esta segunda mitad de siglo, distinguiendo aquellos que han sucedido desde el varón de los que han tenido lugar desde el resto del grupo familiar.

Desde la consolidación de la modernidad y principalmente desde la constitución de su última fase, la sociedad de masas (Berman, 1988), algo que sucede en el hemisferio Norte a comienzos de siglo y en América Latina alrededor de los años cuarenta, la función del hombre para con la familia no ha sufrido variaciones sustantivas: el varón ha tenido el rol de jefe de hogar que provee y protege el grupo familiar. Las formas precisas de cumplir esa función han presentado modificaciones según las especificidades culturales y los procesos de fragilización -provocados, por ejemplo, por las crisis económicas- se han sucedido en el tiempo, pero la visión simbólica y el ejercicio de la función masculina en la familia no

han variado en lo fundamental desde el propio hombre hasta llegar a los años ochenta.

Ciertamente, han cambiado ciertos aspectos de la práctica de ese ejercicio, entre otras razones porque ha ido variando el contexto de su aplicación, es decir, lo que sí ha sufrido modificaciones ha sido el grupo familiar. Como se sabe, la historia del siglo XX en el mundo occidental es la historia del apogeo y posterior declinación de la familia nuclear (Harris, 1986; Konig, 1974; Anderson, 1988). Por su parte, como demostró Anderson (1988) la nueva oleada de historiadores de lo social destruyeron el mito de que la familia nuclear fuera un producto de la modernidad: más bien lo que habría sucedido es que, por un lado, la familia se autonomizó de la comunidad en una dinámica de privacidad, y por otro, la familia nuclear se hizo preponderante respecto a las familias extendidas y compuestas. Pero la familia nuclear fue una proporción importante del total ya en la Edad Media, en distinta medida según la zona del globo. Conforme indican algunos autores (Brunner, 1992; Serrano, 1992) este proceso es reconocido también por los historiadores sociales en América Latina.

El momento de mayor preponderancia de la familia nuclear completa (los dos cónyuges e hijos) sucedió en el hemisferio Norte entre los años cincuenta y sesenta. Pero ya desde fines de los años sesenta los registros estadísticos comenzaron a mostrar que en los países más industrializados se estancaba el crecimiento de las familias nucleares e incluso su proporción comenzaba a retroceder. Aunque todavía es un fenómeno en estudio, pueden reconocerse algunas de sus causas. Por una parte el decrecimiento de las familias extendidas parece tener un límite, pero sobre han comenzado a crecer los hogares unipersonales y las familias monoparentales. En los años ochenta, buena parte de los hogares no



familiares cuyo número iba en aumento comenzaron a declararse como núcleos familiares, especialmente en aquellos países donde el emparejamiento y aún el matrimonio entre homosexuales fue permitido.

Esta variaciones de la familia nuclear se han visto acompañadas por un cambio sustantivo en cuanto a la duración de los arreglos familiares. Ha ido disminuyendo progresivamente la proporción de familias que recorrían todo el ciclo vital a favor de la proporción de familias reconstruidas, hasta que en muchos países estas fueran mayoritarias. En América Latina, el rápido crecimiento desde los años setenta de los indicadores de separación y divorcialidad estaría señalando también ese movimiento, aunque diversos especialistas sostienen que lo que estaría sucediendo es simplemente la formalización de una situación previa. Así lo estarían señalando otros indicadores indirectos de antigua data, como por ejemplo la alta proporción de hijos ilegítimos (en Costa Rica esta cifra supera el 40%, estimándose que, en general, las familia reconstruidas superan claramente la cantidad de separaciones y nulidades formalizadas).

Existe coincidencia en cuanto a que el aumento sustantivo de las recomposiciones familiares guardan relación con el propio apogeo de las familias nucleares modernas. En efecto, una de sus características consiste precisamente en la acentuación en su interior de la mayor importancia que tienen las relaciones conyugales por encima de las relaciones parentales. Esta situación hace que la duración de la familia descansa sobre todo en la relación de pareja y no en el conjunto de las relaciones familiares como sucedía en siglos anteriores, al mismo tiempo que se agudiza la consideración de que el amor es el factor primordial que sustenta la unión conyugal. Y no hace falta pertenecer a la Escuela

de Frankfurt para reconocer que el amor de pareja es algo frágil en la sociedad de masas. (Los intentos terapéuticos de aplicar a esta relación esfuerzos de voluntad para mantenerla chocan con la esencia erótico-afectiva de la misma, lo que está llevando a los terapeutas a trabajar en la dirección opuesta: reducir los sentimientos de fracaso o culpa que genera la evidencia de que el primer matrimonio no les duró toda la vida).

Hay ya evidencia estadística acerca de que la tendencia a la recomposición familiar tiene plazos más cortos en los hombres que en las mujeres, aunque se discute aun si ello guarda relación con factores meramente afectivos o bien al conjunto de necesidades que requiere el mantenimiento de un hogar. En todo caso, no deja de ser paradójico que siendo el hogar más valorado por las mujeres, sean los hombres quienes buscan más rápidamente reconstituirlo.

Por otra parte, al interior de la familia nuclear completa creció sustantivamente la diferenciación entre la familia nuclear tradicional, donde el hombre es el proveedor y la mujer es ama de casa, y la forma más moderna, donde ambos cónyuges son proveedores. En Estados Unidos, la constatación de que este ciclo se había efectuado tuvo lugar con el Censo de 1980, donde se manifestó que las familias nucleares completas no alcanzaban el cincuenta por ciento y que la familia nuclear tradicional no llegaba a componer un cuarto del total de hogares del país.

Una evolución semejante parece estar sucediendo en América Latina donde el apogeo de la familia nuclear se manifestó entre los años sesenta y setenta, y durante los ochenta comenzó una pérdida de peso relativo. Esto último se ha comprobado en algunos países (Brasil, Argentina) y estaría sucediendo en Chile según lo indican

las Encuestas de Hogar, aunque habrá que esperar los resultados del Censo de 1992 para confirmar esta tendencia.

Estos cambios en el núcleo familiar suponen modificaciones en el ejercicio de los roles masculinos al interior de la familia. Aunque todavía una proporción de hogares latinoamericanos, que se estima entre un cuarto y un tercio, tienen al hombre como único proveedor (en relación con su cónyugue), en el resto de los hogares esa función proveedora se ve difuminada de una u otra forma. Ahora bien, ello no significa una disolución completa de la jefatura masculina del hogar, especialmente en aquellos hogares donde el trabajo de la mujer cumple sólo una función complementaria. Es decir, entre las familias completas existirían tres tipos que determinan la función proveedora del varón: a) aquellas donde la mujer se dedica sólo a sus quehaceres domésticos, b) otras en las que la mujer obtiene ingresos suplementarios, c) familias donde la mujer tiene una participación laboral similar a su cónyugue, obteniendo ingresos semejantes o incluso superiores (o bien teniendo una profesión más consolidada).

Aunque efectivamente existe una diferencia entre los hogares donde la mujer trabaja de forma complementaria y aquellos donde lo hace de forma similar al varón, en todos ellos la función proveedora-protectora del hombre se percibe menos como una necesidad absoluta. Existe naturalmente una escala al respecto: en unos casos (principalmente cuando la mujer trabaja de forma similar) los hombres ven como sus cónyugues plantear compartir la dirección del hogar. En otros casos la mujer prefiere que el hombre mantenga la jefatura del hogar, pero lo hace exigiendo dos cosas al varón: por un lado que esa jefatura se ejerza con rasgos democráticos, y por el otro que el hombre comparta más

responsabilidades domésticas, tanto respecto del cuidado del hogar como de los hijos.

Las encuestas están indicando que los varones están dispuestos a modificar el ejercicio de su papel en la familia, aceptando esas dos peticiones, pero siempre con un límite: que no cambien ni sean un obstáculo fundamental para su actividad principal. Es conocido como los conflictos en las familias nucleares modernas no guardan relación tanto con la flexibilidad de la función como con el uso del tiempo. Es decir, el varón no considera un menoscabo en su identidad el pasar más tiempo educando a sus hijos, pero sí se le produce un conflicto si esa relación con sus hijos le resta un tiempo destinado a cumplir actividades que él percibe como fuentes de su identidad.

En suma, todo indica que la modificación del papel masculino en la familia no ha procedido tanto de cambios desde el hombre mismo, como de cambios significativos ocurridos desde los restantes actores del grupo familiar. Y esto no sólo ha sucedido en el plano de las relaciones conyugales sino también en el de las relaciones paterno-filiales.

La paternidad es también una fuente de identidad masculina, aunque esté más ligada al grupo familiar en el caso de los hombres, mientras para las mujeres la maternidad tiene mayor sustantividad propia. El ejercicio continuado de esa paternidad se ha visto modificado por fenómenos que han afectado la socialización de niños y jóvenes. Se han escrito ríos de tinta en torno a que, en la sociedad de masas, además de la escuela, los medios de comunicación audiovisuales están interviniendo en la socialización de los hijos. En la literatura existente se muestra que esa intervención afecta a niños y jóvenes cuando éstos constituyen su mundo relacional más

amplio, es decir cuando dejan atrás la primera infancia. Ello significa que afectan menos a la relación materno-filial que a la del padre con los hijos, diferencia que sólo se acorta cuando hay una mayor participación del padre en el cuidado del bebé.

En la literatura norteamericana se ha hablado mucho de las dificultades de retorno del "padre ausente", debido precisamente a la intervención de los medios de comunicación audiovisual. Ese padre, cuyas actividades proveedoras en la familia nuclear tradicional le impedían asistir a la socialización de sus hijos, cuando ha tratado de participar más en ella, se ha encontrado con esa intervención de los medios y con la fuerte autonomización de los jóvenes. Incluso quienes no comparten por completo la tesis del "padre ausente", aceptan que tal competencia educativa y socializadora ha crecido en las últimas décadas.

Por otra parte, también es un fenómeno mundial el mayor juicio crítico adquirido por los jóvenes como producto de diversos factores, y que, aunque no se correlacione con autonomía socioeconómica, significa siempre un tipo de exigencias hacia el padre que tensionan su autoridad familiar. No es objeto de este informe el estudio de la juventud, pero es necesario dejar constancia de este efecto sobre el papel del hombre adulto en la familia.

En la literatura latinoamericana esta problemática paterno-filial tiene identidad propia. A las razones propias de la función proveedora que cumple el hombre en la familia nuclear, se suman el abandono y la paternidad irresponsable para aumentar apreciablemente la problemática del "padre ausente". La información de los terapeutas que tratan hombres coincide con los ejercicios grupales masculinos (algunos realizados en el Cono Sur últimamente)

para señalar que este problema supone una herida no cerrada en la identidad masculina. No se trata de exagerar la proporción de paternidad irresponsable que existe en América Latina, especialmente en los sectores populares (aunque no únicamente en ellos), sino de tomarla en cuenta para entender y dimensionar el problema.

En todo caso, la información existente indica que esta paternidad irresponsable se sufre cada vez más como una incapacidad, perdiendo fuerza la vieja idea de que lo importante era la mera paternidad biológica. Ello obstaculiza acentuadamente la tenencia de los dobles hogares que mantenía una proporción no despreciable de la población masculina latinoamericana. Algo que contrarresta el hecho -que en determinadas circunstancias podría operar a favor de los dobles hogares- de que progresivamente el hogar monoparental dirigido por la mujer ha dejado progresivamente de ser considerado una lacra social.

...-